

i Seguro que vendrá el maestro? Una mujer de mediana edad, con traza de profesora, sonrisa dulce y gafas color vainilla me contesta que sí, que Agustín vendrá. Los profetas siempre llegan puntualmente a la cita, de lo contrario avisan. Frente al bar Manuela, cerrado todavía, se ven algunos jóvenes barbudos apoyados en las fachadas con un libro bajo el brazo. Es esa hora, ese silencio de las cuatro y media de la tarde en el barrio menestral e inicitico de Malasaña cuando los tenderos vuelven a levantar los cierres a una calle medio desierta. Un grupo de niñas, que mañana serán pasotas, salta a la comba en la plaza del 2 de Mayo, algunos viejos toman el sol con vientecillo de Pascua, furgonetas cargadas de refrescos multinacionales hacen maniobra en las estrechas esquinas para abastecer los antros inconformistas que abren a la caída del sol. Dentro de poco comenzará la clase y a las puertas del bar Manuela siguen llegando otros adictos. Se sientan en el capot de los coches, se saludan entre sí con sus nombres y esperan con una pasividad de neófito a que algún camarero descorra la cerradura del santuario de la lógica. ¿Seguro que vendrá el maestro? Le digo a usted que sí.

A la hora convenida se abren las puertas del bar Manuela y los discípulos entran a ocupar sillas y peluches con la cadencia con que se llena un aula. Se trata de un público joven dominado por la barba y las lañas contraculturales. Hay de todo, desde una joven con el pelo teñido de rojo armiño-borla de cardenal o la pasota con sombrero mormón y flecos de comanche hasta un señor muy fino y suizo con pinta de propietario de una fábrica de mantequilla o el chico lavado que lleva en la cara una dulzura de alumno predilecto. Es una parroquia heterogénea de antiguos discípulos, gente nueva, oyentes curiosos, clientes turísticos, unificados por dentro con un fervor al maestro. Una música de organillo comienza a sonar sobre el cenáculo para amenizar la espera.

Con la cabellera llameante como una zarza bíblica, versión californiana años sesenta y un bigote en forma de herradura, una en cada moñete, tipo retra-

to ovalado de boticario decimonónico, a las cinco de la tarde el maestro hace una entrada sonriente en el abarrotado salón. Para hablar de filosofía presocrática primero hay que ponerse cómodo. Agustín García Calvo se despoja de su me-



Agustín García Calvo en uno de sus ritos filosóficos.

A LAS CINCO, LECCION DE FILOSOFIA

MANUEL VICENT

dio batín a franjas moradas y rosas ceñido con un cíngulo, se arria luego una camisola abombada de violinista cingaro y queda en pie ante el auditorio con un pañuelo de seda en plan estola de gran preste del rollo, pantalón de pana y un cincho con hebilla de medio kilo protegiéndole el ombligo. Es como un mago, o un sacerdote, o un hechicero, sólo que esta vez los ornamentos son antiautoritarios. Es curioso que la rebeldía contra los uniformes de la represión o contra el traje gris de la integración, gorra de plato o sisa de franela, necesita un atavío multicolor que también es un uniforme de lo disconforme. En esta vida, para hacer la guerra, para tocar el clarinete o para vender una póliza en el Ministerio, la gente se pone un traje especial. Los inconformistas han heredado esta tradición, lo que pasa que les viste un modista indio con más imaginación.

Agustín García Calvo vive en Zamora. Todas las semanas baja a Madrid y un día señalado imparte en el bar Manuela a sus seguidores una excitante espiral de palabras que no es exactamente una lección de cá-

tedra, ni una charla entre amigos, ni una conferencia formal. Puede ser todo eso junto. Tampoco se trata de una tertulia que ha desbordado cuatro veladores de café. A mi modo de ver, su número es un rito filosófico como uno se imagina que

bandada de ácratas divertidos puede ahorrarse el trabajo. Mientras el profesor va soltando conceptos intrincados sin aliviarse o profundiza sobre la marcha en los propios circuitos de la improvisación sin una sola concesión a la galería, algunos oyentes devotos ponen cara de oír chino embotellado; otros asisten a la ceremonia como quien escucha música celestial con el entrecejo cruzado. Resulta que la anarquía es una cosa muy seria y cuando se pone a filosofar puede adormecer a cualquier frívolo hasta convertirlo en una oveja merina. Si el maestro suelta un pensamiento sobre el caos y esa idea te coge con un whisky en la mano no pienses que la vas a meter en el vaso como un tintineante cubito de hielo. Aparte del ritual de trapos de boutique vaquera, si quitas esa cabellera del maestro enmarcada en un retablo de botillería, lo demás se reduce a un debate perfectamente serio acerca de cualquier tema de filosofía.

En el bar Manuela, el profesor García Calvo está rodeado por círculos concéntricos. En torno a su calcañar de profeta zamorano tiene un aro de intimos que sabe desfrir todos sus gestos, interviene en el debate y hace la pared en el regate de ideas. Después viene una capa de seguidores que no se entera de nada, pero se siente a gusto dentro de la ceremonia bajo un sonido filosófico. Un tercer estadio lo forman los recién llegados, turistas culturales, amantes del rollo, gente de a pie que se adensan en el corro con la oreja ladeada como quien oye a un sacamuelas que en lugar de regalarte un peine te vende un concepto de Tales de Mileto.

Ya lo hacía en París durante el exilio, lo ha seguido haciendo en Madrid en otros ámbitos durante algunos años. Ahora Agustín García Calvo ha plantado la tienda de apache socrático en un bar de Malasaña y sigue impartiendo su sabiduría nada vulgar, provocando ideas, despertando inquietudes, excitando la imaginación a un coro de neófitos muy lejos de la solapa de González Seara. Aunque sea como simple rito es muy bello oír elocubraciones acerca del caos mientras en la calle se escucha el grito de algún tendero o el motor de una furgoneta que descarga cacacolas. ■